

al niño al estampido del trueno; y que un ignorante mira á un cometa con un terror supersticioso; pero los truenos y los cometas no son fenómenos que ocurran todos los días, y se producen con orden. Diarias experiencias prueban que los objetos y las fuerzas del mundo exterior, por grandes que sean, no producen ninguna emoción religiosa en los espíritus poco avanzados, desde el instante en que su influencia es conocida y no son desde luego considerados como dañinos.

Este estado que la analogía nos permite atribuir al salvaje, es el que los viajeros describen. Los hombres de los tipos más inferiores no poseen el sentimiento de la admiración. Como vimos ya, no se sorprenden ni aun de las cosas notables que ven por vez primera, mientras nada vaya á alarmarles. Si no se sorprenden de aquello con lo cual no están familiarizados, ménos se sorprenden aun de lo que ven todos los días desde que nacieron. ¿Qué más maravilloso que la llama? Viene no se sabe de donde, se mueve, produce ruidos, no se la puede tocar, y sin embargo, echa á perder las manos, devora los objetos que se le echan, despues se desvanece. Sin embargo, no se observa en modo alguno que las razas inferiores tengan por carácter la adoración del fuego.

Pruebas directas se unen, pues, á pruebas indirectas para mostrar que no existe en el hombre primitivo el sentimiento que presupone el culto de la naturaleza. Mucho tiempo antes de que lo cree la evolución mental, la tierra y el cielo se han poblado ya de seres sobrenaturales derivados de los espíritus de los muertos á los cuales se refieren los temores y las esperanzas de los hombres y que engendran sus ofrendas y plegarias.

10. Lo mismo sucede con el elemento intelectual que supone el culto de la naturaleza. Entre nosotros, los ignorantes no son especulativos. Apenas muestran una curiosidad razonable á la vista de los fenómenos naturales más imponentes. ¿Se ha preguntado alguna vez un campesino sobre la constitución del sol? ¿Cuándo ha pensado en la causa de las fases de la luna? ¿En qué se le advierte el deseo de saber cómo se forman las nubes? ¿Qué prueba existe de que su espíritu se haya nunca propuesto cómo se forma el viento? No solo no hay en él tendencia alguna á plantear problemas, sino que se muestran completamente indiferente á la explicación que de los mismos se le ofrece. Estas son cosas vulgares; las toma por cosas que existen por sí y que no tiene necesidad de explicarse.

Lo mismo pasa en el salvaje. Sin tener de ello ninguna prueba, podría concluirse que si la gran mayoría de los espíritus de nuestra raza no se sienten llevados á especular sobre el mundo, los espíritus de las razas no civilizadas deben sentirse ménos inclinadas aun. Pero segun vimos, tenemos pruebas directas de ello. Los viajeros generalmente, han observado que los salvajes carecen de curiosidad respecto del por qué de las cosas. Los Esquimales, nos dice el doctor Rink, admiten la existencia como un hecho, sin ocuparse en especular sobre su origen. Otros viajeros dicen otro tanto de diversos salvajes bajo formas análogas. Antes bien, los salvajes ridiculizan los asuntos referentes al curso de la naturaleza; los estiman absurdos, por sorprendentes que sean los trastornos que en ella se operan, nada importa.

Así, el factor intelectual que la pretendida tendencia mito-poética supone, falta en las épocas primitivas; y la inteligencia en progreso no empieza á manifestarla sino mucho despues que la teoría espiritista creó un mecanismo de causas.

11. A estas dos hipótesis erróneas se une la hipótesis, errónea también, segun la cual el hombre primitivo estaría inclinado á las ficciones de la imaginación. También este es un error que nace de atribuir á las naturalezas primitivas los caracteres de las civilizadas. El carácter del salvaje es la falta de imaginación; y la ficción que supone la imaginación no nace sino á medida que la civilización progresa. El hombre de los tipos inferiores no inventa más que las leyendas, mejor que los útiles y los instrumentos industriales. Pero así en uno como en otro caso, los productos de su actividad se desarrollan por ligeras modificaciones. En las razas inferiores, el único germen de lo que al cabo viene á ser la literatura, es el relato de los acontecimientos. El salvaje habla de los incidentes de la caza del día, de los detalles del combate de la noche, de las victorias de su padre muerto de poco tiempo antes, de los triunfos de su tribu en la precedente generación. No sueña ni remotamente en hacer leyendas maravillosas, las hace sin pensar en ellas. Solo tiene un idioma tosco, lleno de metáforas; se deja arrastrar por la vanidad y no se contiene por respeto á la verdad; es prodigiosamente crédulo, y sus hijos le escuchan con una fé absoluta; además, sus relatos son monstruosamente exagerados y acabarán por separarse de lo posible hasta un extremo tal, que nos parecerán simples abortos de la imaginación.

Cuando en lugar de fiar en hipótesis se estudian los hechos, se vé que este

es el origen de las leyendas primitivas. Mirando los hechos sin idea preconcebida — (*Descriptive Sociology*) (Productos estéticos) — se reconoce que no un principio no existe ninguna tendencia mito-poética, sino que el pretendido mito empieza por el relato de una aventura humana. Pues aun falta también este pretendido factor.

12. Otra suposición enteramente gratuita se hace también. Los mitólogos raciocinan según la hipótesis de que los pueblos primitivos fueron inevitablemente arrastrados á personificar nombres abstractos. Poseen ciertos símbolos (en virtud de una evolución ó de otra manera, parece que tendrían por punto de partida raíces concedidas por un poder sobrenatural); han adquirido, por consiguiente, una facultad de pensamiento abstracto que corresponde á estos símbolos; y se pretende que el bárbaro partió de ahí para despojar sus símbolos verbales de lo que tienen de abstracto. Método digno de llamar la atención y del cual se quisieran pruebas claras; pero no se da ninguna. Vemos sí, que en sus *Fragmentos, etc.*, (II, 55), el profesor Max Muller afirma «que mientras se pensó con palabras, fué imposible hablar de la tarde y de la mañana, de la primavera y del invierno, sin dar á estas concepciones un carácter individual, sin dotarlas de actividad, de sexo, y en fin, de una personalidad (es decir, que después de haberse elevado, de una ú otra manera, á estas concepciones, sin auxilio de nombres concretos, no pudo evitarse el dar á estos nombres un valor concreto);» pero para demostrar que la imposibilidad de que se trata existe realmente, se necesita algo más que una afirmación autoritaria. Finalmente, puesto que la validez de la teoría de los mitos descansa en la verdad de esta proposición, debería incitar á hallar de ella una demostración seria. El lenguaje de las razas no civilizadas habría de proporcionar materiales abundantes. En lugar de dar una, se pone en frente de la personificación de abstracciones hechas por nosotros. El profesor Max Muller cita pasajes en que Wordsworth llama á la religión una *madre*, en que habla de nuestro *padre el Tiempo*, en que dice que *la helada es un diente inexorable*, en que representa *el invierno bajo los caracteres de un viejo viajero*, en que muestra las *horas burlonas*. Pero conviene desde luego observar que cuando estas expresiones no pueden unirse directamente á personajes de la mitología clásica, provienen evidentemente de una imitación consciente ó inconsciente de las antiguas formas clásicas de expresión que están acostumbrados á admirar nuestros poetas desde su infancia. En segundo lugar, no hallamos vestigio alguno que muestre que una

tendencia á crear personas ficticias engendre creencias en personas reales, y á menos que esta tendencia se pruebe, nada se ha probado.

13. Se dice, es verdad, que el sánscrito da la prueba de esta personificación. Pero la prueba, lejos de ser directa, no es más que el resultado de sus razonamientos por analogía, y descansa en materiales arbitrariamente escogidos.

Al ver como se usa de él con los pasajes de los Vedas, puede comprenderse cuán débil es la confianza que debe otorgarse al método que trata también la lengua védica. Se pretende invocar las ideas de la más remota antigüedad, porque son, según la teoría, las que están libres de toda corrupción mito-poética. Pero no se toman sino las ideas que se avienen con la hipótesis, dejando á un lado las que pertenecen á una antigüedad tanto ó más remota. Hé aquí un ejemplo de los muchos que hay. El culto del soma se encuentra en el *Ring Veda* y *Zend-Avesta*, prueba de que existía antes de la dispersión de los Arios. Además, según vimos, el *Ring Veda* llama al soma «el creador y el padre de los dioses,» «el padre de los himnos, de Dyaus, de Prithivi, de Agni, de Suriya, Indra y de Vichnu.» En virtud de esta suprema autoridad, estos pretendidos dioses-naturaleza no eran los primeros. Fueron precedidos por Soma, «rey de los dioses y los hombres.» Se dice que bajo la inspiración de Soma realiza sus altos hechos el pretendido dios-sol Indra. Pues si la antigüedad de la idea, demostrada á la vez por testimonios directos del *Ring Veda* mismo y por la comunidad que le une al *Zend-Avesta*, debe servir de criterio, claro es que el culto de la naturaleza no fué indudablemente el primitivo culto de los Arianos.

Si estudiamos más íntimamente los datos sacados de este «libro de los Siete Sellos,» (este es el nombre que el profesor Max Muller da al libro del cual saca estas conclusiones positivas de una manera bastante rara), y si vemos lo que se hace con ellos, no nos sentimos convencidos. La palabra *Dayaus*, palabra cardinal en la teoría mitológica, nace, dice, de la raíz *dyu*, resplandecer. «Una raíz, dice el profesor Max Muller en sus *Ensayos sobre la mitología comparada*, una raíz de un sentido tan rico y tan extenso, podría aplicarse á muchas concepciones: la aurora, el sol, el cielo, el día, las estrellas, los ojos, el Océano, la pradera.» ¿No podemos nosotros añadir, que una raíz que tiene tan diversos sentidos, tan vagos como numerosos, se presta á interpretaciones completamente inciertas? Eso mismo es cierto en todas partes. Uno de los